

**MICHEL FOUCAULT:  
LA EMERGENCIA DE UNA HISTORIA CRÍTICA**

*Maharba Annel González García\**  
Colegio de Ciencias y Humanidades  
UNAM, México DF.  
[maharba\\_annel@yahoo.com.mx](mailto:maharba_annel@yahoo.com.mx)

*A Sergio Pérez Cortés*

**Resumen**

El presente artículo busca mostrar cómo es que Foucault propone la construcción del conocimiento a través de conceptos que encontramos en la filosofía de Nietzsche. Se pondrá de relieve el hecho significativo de que para Foucault el conocimiento no es único y tampoco absoluto sino que lo que encontramos es una serie de saberes que emergen al interior de un gran entramado de relaciones que se generan mediante las prácticas que entablan los individuos. Señalaremos también cuáles fueron las herramientas que permiten a Foucault dirigir su propuesta hacia la desaparición de un sujeto del conocimiento y que le llevan a realizar una genealogía de las prácticas humanas.

**Palabras clave:** conocimiento, arqueología, genealogía, prácticas, sujeto, saberes, historicidad, racionalidad.

**MICHEL FOUCAULT: THE EMERGENCY  
OF A CRITICAL HISTORY**

**Abstract**

The present article seeks to show how is it that Foucault proposes the construction of knowledge through concepts we can find in

---

\* **Maharba Annel González García.** Es licenciada en Filosofía y tiene Maestría en Humanidades, línea en Filosofía Política por la Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa. Actualmente imparte clases de Filosofía y Temas Selectos de Filosofía, I y II en el Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Vallejo de la UNAM. El presente texto forma parte de la investigación más extensa que configura una tesis de maestría en Filosofía Política titulado, “Apuntes sobre las nociones de Individuo, Razon e Historia: Hegel, Elias y Foucault”.

Nietzsche's philosophy. It will be emphasized the relevant fact that for Foucault, knowledge is neither the unique nor absolute but what we find is a series of learnings that emerge into the inside of a great framework of relationships generated by practices established by individuals. We will also point which were the tools that allowed Foucault to direct his proposal towards the disappearance of a knowledge subject and that take him to create a genealogy of human practices.

**Key words:** knowledge, archeology, genealogy, social practices, subject, learnings, historicity, rationality.

Foucault retoma del análisis que realiza Nietzsche de los elementos que permitirán elaborar una investigación histórica acerca de lo que es el saber, el conocimiento. Nietzsche dice al respecto, "...guardémonos (...) de la peligrosa y vieja patraña conceptual que ha creado un <sujeito puro del conocimiento, sujeto ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo>, (...) guardémonos de los tentáculos de conceptos contradictorios, tales como <razón pura>, <espiritualidad absoluta>, <conocimiento en sí>..."<sup>1</sup>. No hay naturaleza del conocimiento así como tampoco una esencia que permita establecer las condiciones que lo preexistan. Cada vez que el conocimiento irrumpe obedece a un resultado histórico determinado por condiciones (instintos) que puntualizan el ordenamiento de esa irrupción. El conocimiento, podemos catalogarlo como un efecto o un acontecer más no como una facultad y mucho menos como una estructura universal, es decir, "...el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado"<sup>2</sup> y, obedece a la situación y configuración bajo las cuales se ubicarán determinados elementos tales como la voluntad, el sujeto y su conciencia. Entonces, el conocimiento lejos de ser unívoco y universal, tiene un carácter perspectivo, significa un determinado corte en un pliegue del saber. Los elementos que Nietzsche nos ofrece coadyuvan a la elaboración de *una política de la verdad*. No hay un ser en sí incognoscible sino actividad, prácticas que conducen a un reordenamiento de acontecimientos que pueden llamarse conocimiento. Mediante su actividad, el sujeto se apropia de las cosas, de los objetos, ejerce una fuerza indiscutible sobre estos. Lo que hay es un enfrentamiento con las cosas y lo que Foucault pretende demostrar es que existen condiciones políticas y económicas que provocan el surgimiento de determinados sujetos de conocimiento, sujetos que entablan entre sí relaciones de verdad<sup>3</sup>.

Así pues, la tesis de Foucault es la siguiente, *los dominios del saber se forman a partir de las relaciones de fuerza y de relaciones políticas en la sociedad*.

Relaciones que, a su vez, se insertan en el ámbito de la historia, misma que, para el autor de *Vigilar y Castigar*, es más bien una arqueología. Con un análisis arqueológico se podrá descubrir la serie de continuidades que permitan construir un conocimiento y, además, al analizar la formación de éste, podrá comprobarse si es que en los tiempos actuales continúan siendo de utilidad, con otras palabras, cómo es que han repercutido “en la actual economía de nuestras condiciones de existencia”<sup>4</sup>. Buscamos la respuesta a la cuestión de cómo las cosas han llegado a ser lo que son, por qué las cosas son y son efectivamente y por qué tienen la consistencia que dicen tener. La explicación de ésa, su existencia, nos remite a la necesaria descripción del proceso mismo de constitución de la cosa. El proceso es inteligible y objetivo, nadie lo lleva a cabo desde afuera. Y, “...la arqueología no es más que eso, una tentativa histórico-política, que no se funda en las relaciones de semejanza existentes entre el pasado y el presente, sino más bien en las relaciones de continuidad y en la posibilidad de definir actualmente objetivos tácitos para una estrategia de lucha”<sup>5</sup>. Sin olvidar a este respecto que, el terreno de la lucha es la historia, como lo dice Foucault mismo en “Diálogo sobre el poder”, desde el preciso instante en que concebimos el discurso como una serie de acontecimientos, nos insertamos en la dimensión histórica. Y, en el presente caso, siguiendo a Foucault, nos insertamos en la historia desde una perspectiva arqueológica que se enfrenta con una historia de las ideas.

La arqueología que buscará el momento del desfase, de la disensión, ubicará las formas específicas que articulan los diversos discursos que entran de manera simultánea en diversos entramados de relaciones que implican la existencia de distintos sujetos y objetos de conocimiento.

“... la descripción arqueológica de los discursos se despliega en la dimensión de una historia general; trata de descubrir *todo ese dominio (...) de las relaciones sociales sobre las cuales pueda articularse una formación discursiva*; (...) lo que quiere sacar a la luz en ese nivel singular en el que la historia puede dar lugar a tipos definidos de discurso, que tiene a su vez su tipo propio de historicidad, y que están en relación con todo un conjunto de historicidades diversas”<sup>6</sup>.

Por lo tanto, la arqueología define las reglas de formación de los discursos, es decir, las series de series que describen las mismas prácticas de los sujetos; se interesa por los cortes, las fisuras, los instantes de redistribución y por

poner de relieve precisamente esos momentos de diferenciación<sup>7</sup>. Se ocupa de establecer el sistema de transformaciones que concebimos como el “cambio”; la regularidad de los enunciados que emergen anunciando un determinado estado de cosas.

La arqueología describirá el saber que se constituye gracias al dominio que lleguen a ejercer aquellos objetos que adquieran en algún momento de la sucesión, un estatuto de ciencia<sup>8</sup>. El saber se produce pues al interior de una práctica discursiva, “... se define por posibilidades de utilización y de apropiación ofrecidas por el discurso, (...) no existe saber sin una práctica discursiva definida; y toda práctica discursiva puede definirse por el saber que forma”<sup>9</sup>. Cabe aclarar que, por el momento, traemos a colación el antecedente de una investigación genealógica únicamente bajo la figura del saber y el planteamiento de la arqueología. Haciendo hincapié en que, desde el espacio del saber el sujeto se situará y ocupará una determinada posición para enunciar el discurso acerca del objeto que le ocupa. Por ejemplo, pensemos en el lugar que ocupa el psiquiatra en la sociedad moderna. Es él quien enuncia y diagnostica la locura, lo anormal y quien distingue, asimismo, los límites para una conducta “normal” y razonable.

Así pues, la labor de la arqueología encuentra su equilibrio en el saber. Bajo el dominio del saber el sujeto no puede erigirse como titular del proceso de conocimiento, antes bien, el sujeto depende de esa actividad del saber. La arqueología describe entonces el dominio del saber. Hasta aquí hemos hablado del saber bajo el aspecto de la arqueología misma que cuestiona el mundo de las ideas, de la representación. Pasaremos ahora al ámbito de la genealogía.

Con la investigación genealógica la atención se centrará en la singularidad de los sucesos pero fuera de un fin necesario y monótono. No hay finalidad sino punto de ausencia. La genealogía se opone a la búsqueda del origen y a la predicción de un fin de las acciones de los hombres.

El ejercicio consiste en deshacernos de un sujeto que dirija la trayectoria de los actos y prácticas humanas y que dé sentido a las mismas desde afuera. El problema no consiste en conocer el principio de la historia del pensamiento, la problematización no tiene que ver ni con el comienzo ni con el inicio, ni con la verdad. Dirá Foucault, “La falta de sentido histórico es el pecado original de todos los filósofos; (...) no quieren saber que el hombre, que la facultad de conocer también es el resultado de una evolución, mientras que algunos de ellos hacen incluso derivar el mundo en su totalidad de esta facultad de conocer”<sup>10</sup>.

Lo que hay que preguntarnos es por qué surgen determinados enunciados y no otros, es decir, cuáles son las condiciones que propician el surgimiento de un determinado objeto; por ejemplo, el castigo. De aquí que para Foucault, más que preguntarnos por el “sentido” de la historia, debemos preguntarnos por aquello que hace inteligible la relación entre el sujeto y el objeto aquel del que busque apropiarse. El mundo, la vida, implican que sujetos y cosas no son siempre los mismos y el acto de conocer representa la realidad de la duda, del desconocimiento, de la mueca y la ignorancia. Preguntarnos por la naturaleza de algo significa la ausencia de ese algo en nosotros y la invitación a acercarnos a ese objeto y buscar respondernos por aquello que lo hace ser de ése y no de otro modo. La situación no es sencilla y más que implicar armonía, implica fuerzas, estrategias de lucha, formación del saber y producción de discursos. Implica igualmente olvidarnos de la universalidad y buscar la excepción, el “pero...”.

La nueva noción de historia tiene más que ver con una genealogía, “...percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona, (...) captar su retorno, (...) reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar”<sup>11</sup>. Se trata pues de la investigación por un saber vivo no de una búsqueda por el origen (*Ursprung*). Abandonado el sujeto trascendente, el genealogista no busca el fundamento de las cosas sino que descubre que lo que hay detrás de éstas no es su esencia, ni las fechas en que fueron creadas. Descubre que carecen de esencia y que, en todo caso, ésta se reconstruye a partir del sinnúmero de piezas en las que pueden llegar a fragmentarse. Y la razón no dirigió el proceso ni tampoco el rigor cientificista o el hombre con su tendencia “natural” al conocimiento racional. “Es preciso desembarazarse del sujeto constituyente (...) llegar a un análisis que pueda dar cuenta de la constitución del sujeto en la trama histórica. Y eso es a lo que yo llamaría genealogía, es decir, una forma de historia que da cuenta de la constitución de los saberes, de los discursos, de los dominios de objeto, etc., sin tener que referirse a un sujeto que sea trascendente en relación al campo de los acontecimientos o que corre en su identidad vacía a través de la historia”<sup>12</sup>.

El origen no es puro ni perfecto, no precede a la etapa de la caída ni forma parte de la concordia con lo divino. El momento del origen, si es que hay tal, es burdo, sucio, grosero, irrisorio. El principio de la humanidad no está pleno de sabiduría ni de ecuanimidad. “El hombre comenzó por la mueca de lo que llegaría a ser”<sup>13</sup>. Puesto que la cosa no ha estado siempre ahí, toda apropiación de objeto es ya conocimiento. La cosa comenzó ya desde siempre. No hay

comienzo porque el conocimiento tiene siempre ya un fundamento., es decir, existen las circunstancias o condiciones que han ayudado a su formación. Al abrigo de la tradición hemos creído en la viabilidad de una sólida unidad del pensamiento, en la posibilidad de un desarrollo cronológico ininterrumpido y armónico de la historia del pensamiento. No obstante, como ya lo hemos venido dibujando, los hechos nos arrojan la realidad del vaivén de los acontecimientos. La tradición nos muestra solamente la punta del conocimiento cuya base está constituida por un sinnúmero de sucesiones, de accidentes, de errores y de aciertos. Es necesario que dejemos de creer que gracias al origen hay una historia. Antes bien, gracias a la dispersión e irrupción de acontecimientos se crean las condiciones que provocan la emergencia de un objeto susceptible de ser conocido. Por ello, si preguntamos por el origen del hombre, por su inicio, descubrimos que se encuentra unido a una historicidad que le subyace. El hombre descubre su propia vida sobre el horizonte de vidas que le anteceden, “...y cuando trata de definir su esencia de sujeto parlante, más acá de cualquier lengua efectivamente constituida, no encuentra jamás sino la posibilidad ya desplegada del lenguaje y no el balbuceo, la primera palabra a partir de la cual se hicieron posibles todas las lenguas y el lenguaje mismo. “*El hombre siempre puede pensar lo que para él es válido como origen sólo sobre un fondo de algo ya iniciado*”<sup>14</sup>. Lo que hemos venido considerando como el estadio original del ser humano es aquello que es más cercano a su existencia y para él, es inevitable descubrir cosas tan nuevas y jóvenes como nuevos y jóvenes son sus propios ojos porque “...pertenecen a un tiempo que no tiene ni las mismas medidas ni los mismos fundamentos que él”<sup>15</sup>.

En consecuencia, el conocimiento es creado, obedece al enfrentamiento entre intereses y es, por lo tanto, parcial. Le cruzan tajos y segmentos diversos y su duración se inserta en medio de la duración de todas las cosas. Preguntarnos por el origen del hombre y de su conocimiento no es más que, en todo caso, preguntarnos por los juegos de verdad que lo articulan con las experiencias que lo dotan de contenidos nuevos y que lo insertan sobre formas de más antigüedad que él y que, claro está, no domina. Preguntarnos por el origen de las cosas, del hombre o del pensamiento no implica más que liberar todas aquellas condiciones que posibilitan la experiencia<sup>16</sup> de ese conocimiento y que, en todo caso, indican la incansable proliferación de errores y de aciertos que rodean el nacimiento de la cosa o el objeto que se desea conocer. Esta proliferación es de la que se ocupará la investigación genealógica pues hay que hacer a un lado el concepto de historia que está cargado de teleología. Hacemos a un lado *la historia de,*

pues con ello entendemos que hay un objeto permanente de reflexión que sigue un mismo hilo conductor, con otras palabras, parecería que construimos la historia de un concepto siempre el mismo.

Foucault propone entonces una investigación que nos muestre cuál ha sido la constitución de los objetos y para empezar es necesario enfocarnos en la minucia, en lo que aparentemente carece de sentido, es decir, en el *cómo*. El fundamento de las cosas es el entramado que las sustenta. Esto significa que los objetos no son la transcripción del sentido que alguien les impone. Cuando preguntamos cómo es que dejamos que las cosas expresen su sentido, podemos tomar incluso aquellas que aparentemente no tienen significación y descubrimos que el fundamento es aquello que las ha hecho ser como son y no el mero azar, es decir, "... no hay ningún <ser> detrás del hacer, del actuar, del devenir; <el agente> ha sido ficticiamente añadido al hacer, *el hacer es todo*"<sup>17</sup>.

La investigación genealógica del saber, del conocimiento, no se pregunta pues por el "origen". En todo caso, la cuestión sería la de la *procedencia*, separar al Yo o al objeto de su historia y fijar la atención en los lugares y momentos en los que se ha ausentado, es decir, en este sentido, reconstruir su historia. Al interior de este proceso de discontinuidad las prácticas sociales engendran ámbitos de saber, lo que significa que un objeto se produce en el seno de relaciones de poder que, a su vez, son el germen de nuevos objetos y nuevos sujetos de conocimiento. Mediante el análisis de las formas de subjetividad; por ejemplo, la historia de las prácticas judiciales, la historia de la locura o del castigo, por mencionar algunas, deseamos la necesidad de una verdad absoluta y buscamos la red que se dispersa en diversas prácticas y discursos y que los entrelaza hasta constituir una determinada forma de *racionalidad*<sup>18</sup>. Por ello, cada expresión y cada pensamiento del sujeto que reflexiona es único y verdadero dentro del intervalo espacio temporal que lo ve nacer. No obstante, cada emisión está expuesta y sometida a la refutación. Será pues la cadena de errores la que pueda revelarnos la autenticidad de la reflexión del sujeto. No existe 'el mundo' con normas razonables e incuestionables que nos indiquen cómo comportarnos. ¿Cómo concebir una realidad ajena al instinto, a la lucha entre fuerzas, al dolor de la muerte o a la carcajada que inspira el disparate? Buscar la verdad absoluta nos lleva a perder la perspectiva enriquecedora de la finitud de los sujetos. No hay un "agente" que se añada al devenir del mundo, eso es una ficción. "Estamos cansados de *el hombre*..."<sup>19</sup>. Por tanto, para comprender la experiencia que los nuevos sujetos hacen de sí mismos es necesario analizar las prácticas que motivan el pensamiento a la par que los mismos actos de los individuos.

Las prácticas sociales implican entonces una intensificación constante de la lucha por constituir, cada uno de los individuos su verdad, única y propia. Nos topamos entonces con varias alternativas de discursos, variados cuadros mentales. Dentro de cada cuadro mental se origina una lucha entre fuerzas. Lucha que es la que, precisamente, provoca el combate mismo, no tanto la victoria de una de las partes. Así, la lucha por el saber estará plagada de momentos de verdad pero también de muchos errores porque la historia del conocimiento irrumpe, surge, emerge, no está predeterminado. Con palabras de Nietzsche, “¿Qué son en el fondo las verdades de los hombres? Son los errores humanos *más irrefutables*”<sup>20</sup>. La investigación genealógica no remite entonces al origen como lugar de la verdad sino que se inclina por términos como *Entstehung* o *Herkunft*. Ésta en tanto que *procedencia*, es decir, manteniendo los sucesos en la misma dispersión que los vio nacer. Lo que significa atender al accidente, a lo “anormal”, a las desviaciones más ínfimas, a los cálculos que nos llevan a actuar de tal o cual manera, con otras palabras, descubrir que a aquello que conocemos le subyace el accidente. Esto es lo que ya habíamos mencionado páginas atrás, no hay un inicio puro, fino y carente de vicios, de enfermedad, de odio, de agresión, de ímpetu. De aquí que el origen de la moral no sea venerable y, antes bien, sea crítica. Más que el momento de fundación, la *Herkunft* remueve fisuras, fragmenta y pone de relieve lo heterogéneo frente al virtuosismo, la abstinencia, la sabiduría. El ideal de la vida contemplativa es sólo eso, un ideal. Los hombres al tratar de realizarlo sufren, se duelen al tratar de desentenderse del ímpetu que la vida misma exige.

Se ha querido creer que el hombre sin instintos, sin emociones, es el que podrá alcanzar el momento de la verdad, el instante de la contemplación pero, en contrapartida, la riqueza de la *Herkunft* se posa en el cuerpo pues éste muestra la huella de los sucesos y del transcurso del tiempo. Del cuerpo brota el deseo, la muerte; expresa el entrelazamiento entre estas instancias. Se trata de separar al Yo de su historia y de fijar la atención en los lugares y momentos en los que se ha ausentado, es decir, de reconstruir su historia. “La genealogía, como el análisis de la procedencia, se encuentra por tanto en la articulación del cuerpo y de la historia. Debe mostrar al cuerpo impregnado de historia, y a la historia como destructora del cuerpo”<sup>21</sup>.

Por otra parte, la *Entstehung* designa adecuadamente el otro objeto de la genealogía, la *emergencia*, el instante en el que surge la apropiación conceptual del objeto o, más bien, una de las muchas apropiaciones del objeto. La *Entstehung* pondrá de relieve el momento del enfrentamiento entre esas fuerzas y también, el instante

mismo en el que la fuerza se vuelve contra sí misma, debilitándose y dividiéndose en el combate. “La *emergencia* es pues, la entrada en escena de las fuerzas; es su irrupción, el movimiento de golpe por el que saltan de las bambalinas a la escena...”<sup>22</sup>. Mientras que la emergencia se refiere al lugar en el que se enfrentan las fuerzas, la procedencia ubica la intensidad del instinto y las posibles huellas que deja sobre un cuerpo. La emergencia se produce en el intersticio y no hay nadie ni nada que guíe su despliegue. La emergencia nos inserta igualmente en un campo nuevo, en el de los dominadores y los dominados.

La diferenciación de valores surge a raíz de la dominación entre clases, problemática que, a su vez, deriva en la idea de libertad. Cuando hablamos de dominación hablamos inevitablemente de una “relación” que se extiende a lo largo de la historia, de un procedimiento que implica reglas y normas; “...el poder (...) no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho circula, produce cosas, induce al placer, forma saber, produce discursos...”<sup>23</sup>. La regla, la norma, serán entonces la expresión de este enfrentamiento entre fuerzas. No tienen un contenido ni una finalidad, simplemente son creadas para servir a cierta institución o conjunto de instituciones, por esto, Foucault afirma que, “el gran juego de la historia, es quien se adueñará de las reglas”<sup>24</sup>. Hablamos de derechos, de reglas, de obligaciones, sin reparar en el hecho de que éstos han surgido del conflicto motivado por la necesidad de imponer la obediencia de la “autoridad”. La violencia es la pauta para que se cree una regla y se legalice en el intercambio de los actos humanos. La regla será la que —simbólicamente— permita a las partes adueñarse o no del poder, es el instrumento para desplazar el poder según se despliegue el movimiento de la lucha. Las reglas no son una expresión de la razón absoluta, simplemente expresan el cálculo para obtener un cierto resultado a través de una determinada conducta.

Así, vinculando la naturaleza de las reglas con la labor genealógica, tenemos que la genealogía rastrea la dirección en la que se dirigen y desplazan los diferentes sistemas de reglas, el sometimiento al que éstos inducen a las voluntades y, además, procura interpretarlos según el momento histórico en el que surgen. Hace entrar un juego de reglas en contacto con otro, los interpreta y los enfrenta de nuevo mostrándolos así en su calidad de acontecimientos. Nos engarzamos con la historia que se convierte en el instrumento de la genealogía y desdeña la necesidad de buscar y de sustentar un absoluto.

Se trata de un nuevo término: una “wirckliche Historie” que contempla e inserta la discontinuidad en su análisis de la actividad del pensamiento. Esta historia es distinta de aquella que sostienen los historiadores. No hay una constante en

el comportamiento del ser humano o en su corporalidad que permita realizar un estudio que vuelva homogéneos o constantes los actos humanos y que permita predecir el comportamiento de los hombres entre sí. La historia debe ser efectiva en tanto que agudice nuestras sensaciones y apremie a nuestros instintos hacia un remolino de experiencias que se plasmen indisolublemente sobre el cuerpo. La vida no es equilibrio permanente sino muerte, destrucción y asimilación de estos momentos en la actividad del pensamiento al enfrentarse con el objeto del que busca apropiarse y conocer. El conocimiento tiene la función de fragmentar, de disolver, de apreciar lo que tiene de único el suceso que surge y que en su surgimiento lleva inscrito el borde de sus límites. Lo que constituye al proceso es la lucha de las fuerzas que encuentran su racionalidad en el mismo azar de la lucha. No hay intención detrás del combate, simplemente la naturalidad que describe la fortuna en el momento en el que se conjugan las fuerzas de lo contingente. A la historia efectiva no le preocupa mirar en retrospectiva, no le avergüenza mirar los errores, ni la pasión que pueda implicar la traición, no le afecta recordar el momento de la muerte o el dolor de la herida porque es ahí donde se produce inequívocamente el sentido de lo histórico. Éste dará al saber la energía para realizar, en el proceso mismo de su autoconocer, su genealogía. Por tanto, sólo con la “wirkliche Historie” es posible trazar la genealogía de la historia.

Por su parte, la carencia del historiador tradicional consiste en creer que él es la fuente última del conocimiento, que representa el punto de vista de lo objetivo, que sabe cómo transmitir la exactitud de los hechos y, más aún, en creer que puede mantener el pasado en su calidad de inamovible. “La objetividad en el historiador es la inversión de las relaciones de querer en saber, y es, al mismo tiempo, la creencia en la Providencia, en las causas finales, y en la teleología”<sup>25</sup>. El historiador tradicional es entonces el objeto digno de confrontación para Nietzsche y Foucault.

El análisis que se acaba de esgrimir acerca de la emergencia del conocimiento en la filosofía de Nietzsche y Foucault pretende llevarnos a apreciar el conjunto social es diverso y que ello implica desemejanzas, reconocimiento y competencia. Es interesante pensar la dinamicidad de la vida desde una postura que haga prevalecer el corte, lo discontinuo, la fragmentación. Los hechos humanos son arbitrarios, violentos, seductores. La relación entre los sujetos es un constante enfrentamiento que, lejos de constituir a los objetos, constituye *prácticas*<sup>26</sup>. Lo que realizan las personas son prácticas. No es que los objetos determinen la conducta de los individuos, antes bien, su práctica determina sus objetos. Por ello, la actividad del pensamiento comienza al fragmentar al objeto en las

distintas determinaciones que lo hacen ser. Conocemos a partir de la práctica que reconstruye al sujeto, es la relación la que va a determinar lo que sea el objeto. No obstante, cabe destacar que en Foucault, ideas y pensamiento no van separadas ni es una antes que la otra. Antes bien, coexisten.

En las prácticas se compenetran el saber y la orientación de las prácticas que son resultado de las acciones de los individuos. Pensemos por ejemplo, en el castigo. Éste no surgió de una vez y para siempre. Las formas de castigar no han sido siempre las mismas y, para hablar de *castigar*, es necesario remitirnos a las series de prácticas que hacen emerger el discurso del castigo primero sobre el cuerpo hasta llegar a la supuesta reforma carcelaria de la reforma penal. Lo que nosotros ‘vemos’ es el castigo, la cárcel, el guardia, la guillotina, el panóptico, la tortura pero lo que no debemos olvidar es el hecho de que no hay nada previo al saber y que éste se constituye al interior de la combinación de distintas instancias, por ejemplo, del ejercicio del poder de Luis XIV y la tortura a aquellos que osaran dudar de su ley, de la mezcla entre la vergüenza ante esa tortura y la supuesta reforma del alma a través del encierro. Lo que conocemos es la *unidad* de todas estas prácticas. Y lo resaltamos porque es a esta unidad a la que llamamos *conocimiento, poder, cárcel, alma, reforma*. El conocimiento es la unidad de todas estas prácticas distribuidas a lo largo de distintos lugares y que se desplazan según las relaciones que se establezcan entre los sujetos y los objetos que éstos busquen conocer. Dichas relaciones expresan la racionalidad que define lo específico de un mecanismo propio en el ejercicio del poder.

Por consecuencia, podemos apreciar cómo, para conocer una cosa, es indispensable conocer los mecanismos que la constituyen. Por ejemplo, una historia del castigo, de Luis XIV al uso de la guillotina. Primero, concebiríamos dicha actividad como *una función social compleja* y, ello a su vez, implicaría el análisis necesario de las técnicas específicas de los diversos procedimientos de poder que hacen que el castigo surta o no efecto. En otras palabras, situaciones como el castigo, la sexualidad o el problema del saber nos remiten a las prácticas mismas pero no sólo en sí sino en correlación con el pensamiento que las hace o no efectivas.

Para Foucault es inevitable que la historia sea el terreno con el que trabajan la arqueología y la genealogía. La suya es una historia crítica del pensamiento, es decir, una aproximación y un análisis de las condiciones bajo las cuales se han formado o transformado las relaciones de saber entre sujeto y objeto. En

resumidas cuentas, “la historia crítica del pensamiento no es ni una historia de las adquisiciones ni una historia de las ocultaciones de la verdad; es la historia de la emergencia de los juegos de verdad”<sup>27</sup>. Estos juegos de verdad se refieren al o a los procesos que permiten que el sujeto llegue a ser objeto de conocimiento, a través de ciertas prácticas como la psiquiatría, la medicina clínica y el sistema penal.

Buscaremos entonces que se constituyan procedimientos que permitan que el sujeto se observe a sí mismo, se analice y se reconozca como un dominio del saber. Foucault se ocupa pues, “de la historia de la <subjetividad>”<sup>28</sup>.

Sintetizando, es a través de las prácticas como el individuo se inserta en un ámbito del conocimiento y como puede, precisamente, conocer. La noción clave son entonces, las prácticas. En ellas, el sujeto y el objeto se transforman en función y en relación del otro. No hay un sujeto constituyente del conocimiento. Éste nace al seno de la experiencia entre el sujeto y el objeto y, la relación entre éstos, modificará a su vez, la naturaleza de la experiencia misma. Las <prácticas> se comprenden entonces “como modo de obrar y de pensar, que dan clave de inteligibilidad para la constitución correlativa del sujeto y del objeto”<sup>29</sup>.

Salimos al mundo y nos relacionamos a través de las prácticas con los otros. La intención es comprender que el término “cosa” lo aplicamos a una objetivación realizada de ciertas prácticas. Las determinaciones de éstas son las que aprendemos a poner de relieve. Esto es una actividad inusual pues lo que acostumbramos percibir son *reyes, súbditos, constituciones, decretos, acuerdos, armas*, etc., y pedirle a nuestra conciencia que piense a partir de la relación que éstos establezcan entre sí es un fuerte ejercicio de abstracción. Se trata de una actitud de *poner de manifiesto*<sup>30</sup> las determinaciones. Si comprendemos a las cosas como objetivaciones de prácticas determinadas entonces tendremos una experiencia. Pero esta clase de experiencia hace que pongamos los ojos sobre la ruptura, sobre lo discontinuo y lo desagradable. El instante en el que se da la escisión pone de relieve el momento de la práctica en la que se están constituyendo el sujeto y el objeto. Se trata de un momento de transición en el que se despliega el saber, momento en el que se alza la reflexión y se apropia de lo falso y de lo verdadero para constituir un período de verdad. Es importante destacar que ese momento de la verdad no se impone desde el exterior al sujeto sino que, a partir de la experiencia misma, sujeto y objeto se constituyen a sí mismos bajo condiciones que irrumpen a la par y que les permiten modificarse recíprocamente modificando, a su vez, el mismo ámbito de la experiencia<sup>31</sup>.

Cuando decimos que algo es verdadero o falso nos interrogamos por las condiciones que permiten enunciar a la cosa como aquello que es cierto o no. Lo que hacemos entonces es "...descender al estudio de las prácticas concretas mediante las cuales el sujeto se constituye en la inmanencia de un dominio de conocimiento"<sup>32</sup>. *Éste es el terreno de la historia: la fragmentación que se ordena por la misma sucesión de hechos que la ha provocado*. Los hechos que los hombres catalogan como "históricos" son aquellos que se objetivan a través de la práctica. La práctica que se da a sí misma su objeto y que, por ello mismo, es la unidad que alberga la identidad entre sujeto y objeto. Lo que existe en el mundo de la vida son numerosas objetivaciones, es decir, el resultado de las prácticas. Construimos un objeto cuando sólo atendemos a la práctica que se eleva como la resultante pero de todo un entramado de relaciones. No se trata de un proceso teleológico, no hay un único fin al que se dirigen nuestros actos, ni una idea del *Bien* que contenga las precondiciones bajo las cuales deba surgir un determinado objeto de conocimiento. No hay que confundir el resultado con una meta, con *el fin*. No hay que tomar al objeto —la objetivación de las prácticas— como el punto de partida de nuestro análisis sino a las prácticas mismas.

Por tanto, el ejercicio es pensar la relación, la práctica que *actualiza* las potencialidades que están prefiguradas en hueco. La conciencia debe pensar la articulación entre las prácticas y entre ella y el objeto que busque conocer. El objeto se le resistirá y, por ello, la relación con el conocimiento será violenta, dolorosa, fastidiosa. En palabras de Nietzsche, "...quien no se ponga verde y gris de escondido, silencioso y orgulloso, en su castillo, entonces una cosa es cierta: no está hecho, no está predestinado para el conocimiento"<sup>33</sup>.

Cuando Foucault confronta la historia de las ideas y apuesta por una genealogía, niega aquello que ya está dado y aceptado de hecho y, al negar al objeto natural adopta una postura filosófica. Como ya dijimos anteriormente, no existen *la locura, el sexo, la sexualidad*, como cosas pues, de ser así, implicarían sólo una existencia material. Por el contrario, cuando nos preguntamos por el *cómo*, observamos que las prácticas sociales crean ámbitos de saber que, además de propiciar la aparición de nuevos objetos, conceptos, técnicas, propician también formas nuevas de sujetos que conocen. Aquello a lo que llamamos *Historia, Ciencia, Religión*, es lo que en cierta época se origina por un conjunto de prácticas y que, como tal, nos presenta un rostro histórico determinado que nombramos entonces Historia, Ciencia, Religión. Si partimos desde el punto de vista global percibimos que no hay un solo y mismo objeto que evolucione a lo largo del tiempo ocupando siempre un mismo sitio. Desde la perspectiva de Foucault, no hay *Ciencia* en tanto que una racionalización de objetos.

Existe un análisis histórico de dicho objeto, una genealogía, es decir, una práctica que pone de relieve la lucha entre los instintos que dan pauta para la formación del conocimiento. Al hablar de genealogía rechazamos entonces la existencia entre el ser y lo pasado. La interrogante ya no es acerca de las exigencias de la *Razón* ni tampoco acerca de una verdad transhistórica. Las <relaciones> preceden a nuestro mundo y de ello se trata lo que Foucault llama ‘wirkliche Historie’. Las figuras son consecuencia de las posteriores configuraciones que se realizan. Así pues, la conciencia no es constituyente sino constituida. La historia-genealogía tendrá puesta su atención en las prácticas y será, por ello, también una arqueología.

### Notas

---

<sup>1</sup> NIETZSCHE, Friedrich. *Genealogía de la moral*, III, 12, p. 154.

<sup>2</sup> FOUCAULT, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*, p. 30.

<sup>3</sup> Un ejemplo de esto sería la modelación de los cuerpos y la supuesta benignidad de las penas que propiciarán el surgimiento de la sociedad carcelaria. Ver: FOUCAULT, Michel. “Los cuerpos dóciles” en *Vigilar y Castigar*, pp. 139-174.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 161.

<sup>5</sup> FOUCAULT, Michel. “La verdad y las formas jurídicas” en *Estrategias de poder*, 279.

<sup>6</sup> FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*, pp. 271-277. El énfasis es nuestro.

<sup>7</sup> “...la ruptura es el nombre dado a las transformaciones que influyen en el régimen general de una o varias formas discursivas”. FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*, p. 296.

<sup>8</sup> Pensemos en ciencia en tanto discurso epistémico aceptado.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 306-307.

<sup>10</sup> NIETZSCHE, Friedrich. *Humano, demasiado humano*, p. 43.

<sup>11</sup> FOUCAULT, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, p. 7.

<sup>12</sup> FOUCAULT, Michel. “Verdad y Poder” en *Microfísica del Poder*, pp. 191-192.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>14</sup> FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*, p. 231. El énfasis es nuestro.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup>Foucault denomina como experiencia, "...la correlación, dentro de una cultura, entre campos del saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad"; FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad*, "El uso de los placeres", pág. 8. El de experiencia es un concepto que surge a lo largo de una historia del conocimiento, de la búsqueda por la comprensión y la inteligibilidad de un objeto. Hablar de experiencia es entonces más apropiado que hablar de algo verdadero o falso. Es más, Foucault nos conmina a hablar de *juegos de verdad*, "¿A través de qué juegos de verdad se da el hombre a pensar su propio ser cuando se percibe como loco, cuando se contempla como enfermo, cuando se reflexiona como ser vivo, como ser hablante y como ser de trabajo, cuando se juzga y se castiga en calidad de criminal?". *Ibid.*

<sup>17</sup>NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*, I, 13, p. 59. Énfasis nuestro.

<sup>18</sup>El énfasis es nuestro.

<sup>19</sup>NIETZSCHE, Friedrich. *Genealogía de la moral*, I, 12. p. 58.

<sup>20</sup>NIETZSCHE, Friedrich. *La Gaya Ciencia*, § 265.

<sup>21</sup>*Ibidem*, p. 15.

<sup>22</sup>*Ibidem*, p. 17.

<sup>23</sup>FOUCAULT, Michel. "Verdad y Poder" en, *Estrategias de Poder*, p. 48.

<sup>24</sup>FOUCAULT, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, p. 18.

<sup>25</sup>*Ibidem*, p. 25.

<sup>26</sup>El énfasis es nuestro.

<sup>27</sup>FOUCAULT, Michel. "Foucault" en *Estética, Ética y Hermenéutica*, p. 364.

<sup>28</sup>*Ibidem*, p. 365.

<sup>29</sup>*Ibidem*, p. 367.

<sup>30</sup>El énfasis es nuestro.

<sup>31</sup>Aquí se insertan las relaciones de poder pero éste no es un tema que trasciende al ámbito de nuestra investigación. Baste con mencionarle y señalar que aquí aparecen dichas relaciones.

<sup>32</sup>FOUCAULT, Michel. "Foucault" en *Estética, Ética y Hermenéutica*, p. 366.

<sup>33</sup>NIETZSCHE, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*, II, 26.

## **Bibliografía Utilizada**

### **Textos de Michel Foucault**

*Vigilar y Castigar*. Nacimiento de la prisión. Traducción de Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, Argentina, 2003.

*La Arqueología del Saber*. Traducción de Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, Argentina, 2003.

*El uso de los placeres*. Traducción de Martí Soler, Siglo XXI, Argentina, 2003.

*Las palabras y las cosas*. Traducción de Elsa Cecilia Frost, Siglo XXI, Argentina, 2004.

### **Artículos de Michel Foucault**

“Nietzsche, la Genealogía, la Historia” contenido en *Microfísica del Poder*, M. FOUCAULT. Traducción de J. Varela y F. Álvarez Uría, Ed. La Piqueta, México, 1992.

“Verdad y Poder” contenido en *Microfísica del Poder*, M. FOUCAULT. Traducción de J. Varela y F. Álvarez Uría, Ed. La Piqueta, México, 1992.

“La verdad y las formas jurídicas” en *Estrategias de poder*. Traducción de F. Álvarez-Uría y J. Varela, Paidós, Barcelona, 1999.

“Foucault” en *Estrategias de poder*. Traducción de F. Álvarez-Uría y J. Varela, Paidós, Barcelona, 1999.

### **Textos de Nietzsche**

*La Gaya Ciencia*. Traducción de Germán Cano, Colofón, Madrid, 2001.

*Humano, Demasiado Humano*. Traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza, 2003.

*Más allá del bien y del mal*. Traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 2003.

*La genealogía de la moral*. Traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 2004.